

mente, se abstuvo de la participacion de los sacramentos, por causa de los enemigos que habian muerto en el combate, aunque habia sido en una guerra justa. (Socr. Sozom. Paul., *in Vita*; et S. Ambros., *in Obitu Theodos.*)

Pero á las inspiraciones de la mujer católica, á Placila, su esposa, debió tambien Teodosio estos sentimientos de una piedad tan grande, de un celo tan ardiente por la religion y de una clemencia tan generosa. Los mismos paganos tributaron sus elogios á la piedad de esta elevada princesa, á su bondad, á su justicia y á su celo por la felicidad de los pueblos. Ellos dijeron, sin temor de ofender á su ilustre esposo, que principalmenté por ella reinaba la justicia en el palacio imperial. (Themist., Orat. 18 y 19.) Pero sobre todo amaba á los pobres con ternura; ellos no necesitaban más recomendacion para ella, que su miseria, sus enfermedades y sus heridas. Sin guardias, sin sérvidumbre, á pesar de ser la Emperatriz, la esposa del soberano más grande del mundo, los visitaba en sus chozas y en sus camastros. Ella pasaba los dias enteros en los hospitales de las iglesias, sirviendo á los enfermos en las ocupaciones más humildes. Habiéndosele dicho un dia que tales ocupaciones no estaban de acuerdo con la majestad imperial, y que le era suficiente asistir á los pobres con sus limosnas, dió esta respuesta llena de piedad, de humildad, de sabiduría y de respeto á su augusto esposo: «Lo que yo les doy, dijo ella, es por cuenta del Emperador, á quien pertenece el oro y la plata; no tengo más que el servicio de mis manos para cumplir mis deberes particulares con Aquel que nos ha dado el Imperio y que ha cedido sus derechos á los pobres.»

Al mismo tiempo no dejaba ella de repetir á su amado esposo: «Acuérdate siempre de lo que fuiste ántes y de lo que eres ahora. De este modo no serás ingrato con el Supremo Bienhechor, sino que administrarás legítimamente el Imperio y servirás á Aquel que te lo ha dado.»

Su hija Pulqueria participaba de los sentimientos sublimes de su madre, y seguia sus huellas en los ejercicios de la religion y en las obras de la caridad. Desde luégo se concibe lo que debió ser el esposo de tal mujer y el padre de tal hija. Colocado Teodosio en medio de estas dos mujeres, en presencia de tales ejemplos y bajo la impresion de tales discursos, hechos por las personas que poseian todo su afecto y todo su corazon, no pudo ser otra cosa que lo que

fué; así es que cuando murió Placila, no sólo el Emperador y su hija, sino todo el Imperio lloró inconsolablemente. Los griegos veneran á Placila como santa, y celebran su fiesta el 12 de Setiembre, bajo el nombre de Placidia. San Gregorio de Niza hizo la oracion fúnebre de la madre y de la hija, que es un verdadero panegírico de la una y de la otra. ¡Dichosos los príncipes que tienen tales mujeres por esposas y por hijas!

Pero la más grande, la más imponente y la más bella figura de esta época, el tipo perfecto de la mujer católica en una córte soberana, fué otra Santa Pulqueria, la nieta de Teodosio. Es necesario que nos detengamos algunos instantes más para contemplarla con alguna detencion.

§ XXVIII.—Santa Pulqueria.—El *Breviario Romano* le atribuye el mérito de haber confundido los errores y haber afirmado el dogma católico.—Prodigio, único en la historia, de esta jóven, gobernando un vasto Imperio á la edad de diez y seis años, y educando de la manera más perfecta á sus hermanas y á Teodosio el jóven, su hermano.—Grandes desgracias del Imperio cuando ella se aleja de la córte, que cesan tan pronto como yuelve á ella.—La herejia triunfa en Oriente por la debilidad del Emperador.—San Leon encarga á Santa Pulqueria que la combata, y la crea su legado.—Celo de otras princesas imperiales por la causa católica.

El *Breviario Romano* comienza la bella leccion de Santa Pulqueria con este magnífico elogio, que cualquier gran pontífice, cualquier gran obispo, cualquier gran doctor y cualquier gran cristiano se creeria muy dichoso en haberlo merecido: «Pulqueria augusta, dice, muy noble, como hija, nieta, hermana y esposa de los emperadores, fué mucho más noble por haber destruido con sus trabajos los errores de los herejes, y afirmado el dogma católico respecto al misterio de la Encarnacion y de la divina maternidad de María» (1).

Hija de Arcadio y de Eudoxia, los dos grandes azotes del Imperio, aquél por su debilidad y ésta por su malicia, Pulqueria pareció desde luégo que habia sido enviada por Dios para levantar el Im-

(1) «Pulcheria augusta, patre, avo, fratre atque viro imperatoribus maxime nobilis, profligatis, sua præsertim opera, hæreticorum erroribus et catholico dogmate, circa Incarnationis mysterium et divinam maternitatem constituto, multo nobilior.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

perio de su degradacion y salvarle de su ruina. Habiendo sido creada *augusta* á la edad de diez y seis años, por la muerte de su padre, y durante la menor edad de Teodosio *el Joven*, se hizo admirar por el dón de sabiduría de que Dios la habia llenado desde sus más tiernos años. En los negocios más graves y más complicados del Estado, los grandes y los consejeros de la Corona, con quienes ella debia gobernar, se atenian siempre á su voluntad y á sus instrucciones, y la opinion constante de todo el mundo era que los grandes peligros que amenazaban entónces al Imperio fueron conjurados, y la felicidad de que gozó le fué asegurada por las virtudes y la sabiduría de esta jóven (1). «Fué un prodigio, dice un historiador (Rohrbacher), que no ha tenido igual ántes ni despues, y que Dios obró entónces para honrar á la mujer á quien su sabiduría inspira y su gracia santifica, ver á una jóven de diez y seis años gobernar un Imperio y haciéndolo feliz.»

Se ha dicho que, así como los reinados de los hombres son muchas veces malos porque dejan que bajo su nombre reinen las mujeres, de la misma manera los reinados de las mujeres son buenos porque dejan que en su nombre reinen los hombres. No puede decirse esto del reinado de Santa Pulqueria. Él fué, por espacio de cuarenta años, el reinado más grande y más feliz que el de todos los emperadores de Oriente, porque ella fué quien reinó verdaderamente, bajo su propio nombre y bajo el nombre de su hermano.

San Pablo dice que el que, siendo padre, no supo mantener el orden en su familia, cuando sea obispo no podrá gobernar la Iglesia. (I, *Timot.*) Lo mismo puede decirse de los soberanos. Aquellos que como padres no pueden gobernar su casa, tampoco saben gobernar el Estado. Santa Pulqueria supo gobernar bien el Estado porque supo gobernar bien su casa. Celadora exacta y guarda vigilante de la disciplina doméstica, estableció un orden y un género de vida tal entre los suyos, que el palacio imperial se convirtió en una casa de religiosos, y que el pueblo no lo llamaba más que *el*

(1) «Ab ipsa pueritia, tanta sapientia divinitus prædita fuit, uti quibus, post Arcadii patris obitum, imperii procuratio dum Theodosius adolesceret, commissa fuerat, ejus arbitrato omnia facerent; essetque constants opinio unius puellulæ virtute ac sapientia, quæ instare atque ingruere videbantur pericula discussa et felicitatem Imperio constitutam.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

*Convento* (1). Pulqueria tenía poca más edad que su hermano y sus hermanas; pero, en vez de hacerse su igual, se hizo su superiora y su madre, por el cuidado que tuvo de ellos, por el celo con que les instruyó en las buenas costumbres y en las virtudes cristianas, y por el anhelo y el afecto con que se consagró á su educacion, que su desgraciada madre habia descuidado. Dios bendijo sus intenciones y sus trabajos, y cumplió sus deseos. Por su ejemplo y su consejo, Flaccila, Arcadia y Macrina, sus hermanas, se consagraron solemnemente á Dios, como ella, por el voto de virginidad, y se hicieron un objeto de admiracion y de edificacion para el pueblo, y de gloria para la Iglesia. Para hacer irrevocable su consagracion y la de sus hermanas, la hizo pública, por una ofrenda que hizo á la iglesia de Constantinopla. Ésta consistia en una mesa de altar de un trabajo admirable, enriquecida con oro y piedras preciosas, en cuyo frontal estaba grabada una inscripcion que decia que Pulqueria habia hecho aquella ofrenda como prenda de su virginidad y la de sus hermanas, y para la prosperidad del reinado de su hermano (2). Ella fué tambien quien instruyó en la fe y en la vida cristiana é hizo bautizar á Eudoxia, hija de un filósofo pagano, llamada *Atenesa* ántes de su bautismo. Ésta era una jóven de un talento admirable y de unas costumbres irreprehensibles, de una rara belleza y de un alma más bella todavía. Esto fué suficiente para que Pulqueria la casase con Teodosio, el que, sin embargo, engañado por sus cortesanos, no supo apreciarla, y la llenó de amarguras.

Santa Pulqueria tenía un especial cuidado de su amado herma-

(1) «Domi, assidua disciplinæ exactrix, ea vivendi formam induxit ut illa jam non sancta imperatorum, sed asceterium vulgo diceretur.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

(2) «Theodosium fratrem, Eudoxiam, quam illi matrimonio conjungendam curavit, Flaccillam, Arcadium, Macrinam sorores, ita imbuebat bonis moribus, exercebatque ad virtutem, ut quibus ætate non multum præstabat, eorum moderatrix, atque propemodum mater esse videretur. Qua institutione sorores quantum profuerint, ex hoc uno intellige potest quod, Pulcheriam imitate, se suamque virginitatem Deo voverunt; utque augusta virgo quæ decreverat amplius confirmaret, omnesque voluntatis suæ testes haberet, ex auro et pretiosis lapidibus sacram mensam in Ecclesia Constantinopolitana pro sua virginitate et fratris imperio dedicavit et in fronte ipsius mensæ hæc eadem descripsit.» (*Ibid.*)

no, y nada había omitido para hacer de él un verdadero cristiano y un príncipe perfecto. Todo era prodigioso en esta criatura privilegiada, tanto el entendimiento como el corazón; ella era tan sabia en todos los conocimientos humanos, como perfecta en el cumplimiento de la ley divina. Ella, por consiguiente, fué quien trazó el plan de los estudios y de los ejercicios para la instrucción de su hermano en la gramática, en la literatura, en la historia, en la filosofía y en la ciencia del Estado; y las materias de que el joven príncipe debía ocuparse estaban tan bien dispuestas en este plan, y el tiempo tan sabiamente distribuido, que parecía obra de un viejo doctor, siendo así que era obra de una joven de diez y seis años; y ciertamente que Alcuino, Bossuet y Fenelon, esos grandes preceptores de los príncipes, no fueron más felices en la educación de sus regios discípulos, que Pulqueria en la educación de su hermano. Ella le proporcionó los maestros más hábiles de todo el Oriente; ella le dió por condiscípulos á ciertos jóvenes de las primeras familias, para excitar su emulación. En cuanto á la religión, á las costumbres y al arte difícil de gobernar á los hombres, ella misma tuvo cuidado de instruirle; y ciertamente que en estas materias no podía haberle dado mejor maestro. Ella le enseñaba á presentarse en público con dignidad, á arreglar su aspecto y su continente, á preguntar á tiempo y á propósito, á hablar con precisión y con sabiduría, y á mostrarse afable ó severo según las ocasiones; ella descendía á las más pequeñas particularidades, y nada escapaba á su cuidado. Teodosio no tenía elevación de espíritu ni nobleza de alma; era un ente muy mediano. Sin embargo, Pulqueria con sus asiduos cuidados supo sacar un gran partido de aquella pobre y mezquina naturaleza. Teodosio fué un príncipe débil; pero sinceramente piadoso, muy hábil en los ejercicios militares, y poseyó conocimientos poco comunes en las letras, en las ciencias y en las artes. Él sabía de memoria la Escritura Santa, y hablaba de ella con los obispos con mucho acierto. Él ayunaba con frecuencia, especialmente los miércoles y los viernes del año; él sufría con paciencia el frío y el calor, y no tenía la molición de un príncipe nacido en la púrpura. Él era bueno y humano. Tan insensible á los estímulos de la cólera como á los atractivos de la voluptuosidad, jamás escuchó los consejos de la venganza. Jamás castigó sus ofensas personales. Él no permitió jamás que se ejecutase á un criminal en la misma ciu-

dad donde había sido condenado, y la gracia llegaba siempre antes que el culpable fuese llevado al lugar del suplicio. Al subir al trono quiso Teodosio, tanto por reconocimiento como por afecto, que su admirable hermana continuase reinando con él; y mientras que esto duró, y él siguió fielmente los consejos de Santa Pulqueria, fué el perfecto modelo de un verdadero y grande soberano cristiano. Ella le vigilaba en todo y por todo, á fin de que no se separase de la senda de la sabiduría y de la justicia. Ella tenía una gracia especial para corregirle de sus defectos (1). Teodosio tenía la debilidad de firmar todo cuanto le presentaban, sin tomarse la molestia de leerlo. Más de una vez le había manifestado Pulqueria los inconvenientes de esta confianza inconsiderada; pero él negaba que lo hiciese así. Y á fin de convencerle de la verdad, y curarle al mismo tiempo de su indiscreción, que es lo más funesto que puede tener un príncipe, un día su sabia y virtuosa hermana hizo que le presentasen un acta por la que ponía á la Emperatriz, su mujer, en venta pública, como una esclava. Él la firmó con confianza, según acostumbraba, y cuando Pulqueria le hizo saber lo que contenía, se avergonzó tanto de ello, que jamás volvió á caer en la misma falta.

Esta vigilancia ilustrada de Santa Pulqueria no convenia á los cortesanos; ellos procuraron indisponer al hermano con la hermana, y lo consiguieron. Teodosio no quiso escuchar más á Pulqueria, y se manifestó celoso de su ascendiente y de su poder. Él le hizo comprender que quería reinar solo. Como sólo el deseo de hacer bien era lo que retenia á Pulqueria en el palacio, dejó sin disgusto un lugar que había ocupado sin ambición. Ella se retiró con sus hermanas á Hebdom, en los alrededores de Constantinopla, donde observó una vida puramente monástica, dividida entre el recogimiento de la oración, los ejercicios de la penitencia y las obras de la caridad.

Pero Dios no permitió esta desgracia de su sierva fiel sino para su mayor gloria. Él quiso manifestar con la ausencia de los nego-

(1) «Potior autem in Theodosio constituendo, ejus elusit cura; eumque ubi opus esset mira quadam dexteritate colligebat. Absolutissimum optimi verique christiani principis exempla fuit dum Pulcheriæ consiliis est obsecutus.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

cios de esta admirable virgen, cuánto valia su presencia para los negocios. En efecto, nunca fué ella más apreciada en la corte que en los pocos años que estuvo ausente de la corte. A su salida del palacio imperial, el orden, la paz y la felicidad abandonaron el Imperio. El gobierno cayó en la confusión, y la autoridad en el descrédito. Los herejes nestorianos y eutiquianos comenzaron á moverse, y obtuvieron favor en el interior; los bárbaros levantaron la cabeza y comenzaron á amenazar el Imperio en el exterior. El poder, sin energía, no inspiraba ya confianza; y no se encontraba ninguno que quisiese defender los derechos del Soberano ni sostener los combates del Señor. Desengañado y aterrado el joven emperador en vista de una situación semejante, se apresuró á llamar á su hermana, y puso en sus manos las riendas del gobierno, que jamás estuvieron mejor colocadas. Las manos débiles de esta mujer fueron más fuertes y más hábiles que las manos de los hombres. Todo varió de aspecto en un instante. Ningun soberano desplegó mayor energía, hizo mayores gastos en favor del pueblo, se expuso á unos trabajos más duros, ni obtuvo mejores resultados. Constituida Pulqueria en el poder, mandó cartas y órdenes por todas partes, hizo reglamentos, excitó la fidelidad con sus exhortaciones, é intimidó á la rebelion con sus amenazas. Fuerte con su fe en Dios y con su espíritu religioso, se pone ella misma, como otra Débora, al frente de sus ejércitos. Su presencia devuelve su valor al soldado. Los enemigos del Imperio retroceden y abandonan las posiciones que habian ocupado. Los abusos se destruyen, las injusticias se reparan, el orden se restablece en la administracion, la justicia reina en los tribunales, el vicio oculta su rostro, y la herejía misma, confundida y pulverizada, vuelve á la nada, y la Iglesia queda tranquila y el Estado es dichoso (1).

Á pesar de algunas buenas cualidades que tenía el Emperador, carecia del genio y la fortaleza de su hermana. Así es que, en los últimos años de su vida, cayó en poder de sus eunucos y de sus cortesanos, hasta el punto de despreciar los consejos de Santa Pul-

(1) «Cum vero felicitas imperii una cum ea exularet, à fratre arcessita, ubi deesse vidit qui praelia Domini pugnaret, Deborah imitata, fide ac religione armata, processit: missis in omnem partem epistolis, hortando, monendo, minitendo, non pecuniæ, non laboribus parcens.» (*Brev. Rom.*, 7 Julio.)

queria, y gobernar en oposicion á sus máximas y á sus consejos. Habia en sus eunucos uno llamado Crysafio, amigo y protector de los herejes, y uno de los más insignes hipócritas y de los mayores criminales que ha habido jamas en el palacio de los príncipes, y que los han explotado en provecho de su avaricia y de su ambicion. El pobre Teodosio era hombre de bien y cristiano sincero; pero engañado por las intrigas de Crysafio, se hizo el instrumento ciego de los dos heresiarcas Dióscoro y Eutiques, y el azote de los católicos. Él quiso gobernar por sí mismo los dogmas y los concilios; él dió lugar á lo que en la historia eclesiástica se llama *el latrocinio de Efeso*, en el que San Flaviano, patriarca de Constantinopla y el más firme apoyo de la ortodoxia, fué depuesto y desterrado; él acreditó y sostuvo á los herejes nestorianos y monotelitas; y á pesar de que queria el bien del Imperio y de la Iglesia, causó la desgracia de la Iglesia y del Imperio; y si no hubiera sido por el papa San Leon y por Santa Pulqueria, tal vez se hubiera destruido el Catolicismo en Oriente. Afligido el gran Pontífice por tales escándalos, envió legados y escribió cartas, que todavía se conservan, al Emperador, al clero y al pueblo de Constantinopla; cartas muy notables, dice M. Rohrbacher, por una majestuosa tranquilidad en medio de la tempestad, por una gran firmeza apostólica, y al mismo tiempo por las consideraciones y miramientos con que trata al Emperador y la caridad con que trata á los que habian caído. Pero al mismo tiempo se dirigió á Santa Pulqueria, la única persona de la corte que deploraba cuanto en ella se hacía, y la única capaz de comprender á San Leon y de secundar sus designios.

Á propósito de la correspondencia epistolar de este gran Pontífice con esta elevada princesa, el mismo historiador hace la importante observacion de que «cuando San Leon escribió al emperador Teodosio parecia que escribia á una mujer; y cuando escribió á su hermana, la emperatriz Santa Pulqueria, parecia que escribia á un hombre con cuya energía se podia contar.» Ésta era, en efecto, el único hombre de la familia imperial, sin cuyo celo, sin cuyo buen sentido y energía todo se hubiera perdido. San Leon, por consiguiente, le dice (Epist. 45): «Si hubierais podido recibir mis cartas anteriores, hubierais remediado indudablemente el mal que se ha causado; porque jamas habeis faltado al sacerdocio ni á la fe cristiana.» ¡Bello elogio, que nos prueba lo que en la opinion de

San Leon era Santa Pulqueria en la Iglesia, es decir, el apoyo del sacerdocio y el sosten del Catolicismo! El Santo Pontífice le envió copia de la carta que le habia escrito al Emperador, y le rogó apoyase su petición de la reunion de un Concilio en Italia, y, lo que es todavía más extraordinario, le dijo: « En nombre y de parte del bienaventurado apóstol Pedro, os constituyo especialmente *mi legado* para continuar este negocio con el Emperador. » (Epist.) Ved aquí, pues, una mujer constituida por el Papa legado del Papa para tratar los asuntos más importantes y más delicados de la Iglesia universal.

En el año de 450 el emperador Valentiniano habia ido de Rávena á Roma en compañía de Placidia, su madre, y de Eudoxia, su esposa. Pues bien, tambien á estas mujeres se dirigió San Leon con una confianza ilimitada, obligándolas á escribir por sí mismas y por medio de Valeriano al emperador Teodosio, para llamarle á la razon y á los deberes de un príncipe católico. Ellas lo hicieron en efecto, rogando á Teodosio « conservase inviolable la dignidad de San Pedro, de modo que el obispo de Roma, en quien la antigüedad reconoció el principado de todos los demas, tuviese la libertad necesaria para juzgar de la fe y de los obispos. »

Placidia, en su carta al príncipe extraviado, añadió estas bellas palabras: « Dignaos, pues, mandar que, segun la forma y la definicion de la Silla Apostólica, que nosotros veneramos como los demas, por su preeminencia, Flaviano conserve en todo su categoría de obispo, y que se envíe su juicio al Concilio de la Silla Apostólica, en la cual aquel que fué digno de recibir las llaves del cielo constituyó el principado del episcopado. » (Epist. 57.) De este modo se expresaban las mujeres al hablar de la Silla romana y de su augusta cabeza, complaciéndose en reconocer y confesar á la faz del mundo sus altos privilegios, en un tiempo en que muchos hombres, colocados en posicion elevada en la Iglesia, se obstinaban en desconocerlos y en despreciarlos. Esto consistia en que, guiadas las mujeres de aquella época por el instinto de su humilde fe, comprendian mejor que los hombres la economía divina de la unidad de la Iglesia.

No contenta Placidia con haber escrito á Teodosio, quiso escribir tambien sobre el mismo asunto á Santa Pulqueria, su augusta parienta, suplicándole « se uniese á ella para secundar las miras del

romano Pontífice. » Pero Santa Pulqueria no necesitaba ningun impulso exterior para secundar las miras del romano Pontífice, á quien ella se habia consagrado con todo su corazon. Aun antes de que recibiese la carta de San Leon, ella le habia escrito ya, y suponiéndole muy afligido por las divisiones que assolaban el Oriente, quiso consolarle, manifestándole « su amor á la fe católica y su horror á la herejía, y prometiéndole su ayuda en la aplicacion de los remedios que el Soberano Pontífice creyese convenientes para curar los males que la triste asamblea de Efeso acababa de causar á la Iglesia. » (Epist. 60.) San Leon recibió mucho consuelo con esta admirable carta, digna de un obispo y de un doctor de la Iglesia, y felicitó por ella á la santa princesa con la mayor efusion de su corazon.

§ XXIX. — Continuacion de la misma materia. — Matrimonio de Santa Pulqueria con Marciiano, con la condicion de que habia de guardar su virginidad. — Ésta fué la primera princesa cristiana que conservó la virginidad en el matrimonio. — Celo con que trabajó para destruir la herejía. — San Leon reconoció en ella este mérito. — Una mujer hablando y escribiendo como un gran teólogo. — Sus virtudes privadas, su piedad, su espíritu de penitencia y su caridad. — Magnífico elogio que de ella hace San Cirilo. — Gibbon haciéndose su panegirista. — La mujer piadosa es muy á propósito para gobernar. — Santa Pulqueria reunió en sí todas las grandezas y todas las glorias, y fué por sí sola una bella prueba de la verdad del Cristianismo.

Pero siguiendo siempre el desventurado Teodosio bajo la fascinacion del malvado Crysafio y del heresiarca Eutiques, no hizo aprecio de las quejas de San Leon; él le respondió de una manera evasiva, haciéndole ver que no intentaba cambiar de modo alguno el sistema que habia adoptado de proteger á los partidarios de los errores y de oprimir á los católicos. Pero no lo siguió por mucho tiempo. Habiendo ido de caza Teodosio pocos meses despues, el 29 de Julio de 450, se rompió la espina dorsal al caer del caballo, y espiró la noche siguiente. De este modo puso Dios orden á tantos escándalos que los hombres no podian remediar.

Habiendo sido Pulqueria declarada Emperatriz muchos años antes, tomó al momento las riendas del Imperio. El primer acto de